

Del discurso del historiador al testimonio de nuestros ancestros: de virus y mercaderes en la costa norte del litoral peruano

Pedro Jacinto Pazos
Universidad Ricardo Palma
pjacinto@urp.edu.pe
Lima-Perú

Resumen

La intersubjetividad en su real dimensión. El historiador se presenta con sus ojos vidriosos, por no decir llorosos, frente brillante y relumbrante con el resplandor eléctrico llevaba solo a observarlo desde el auditorio, esperando que continúe su disertación. ¿Cómo relacionar el discurso del historiador con los testimonios de los pobladores pescadores norteños que provienen del siglo XX? ¿Cómo se manifiestan ambos discursos desde las pandemias, muertes y travesías de mercaderes del norte peruano, ya desde mediados del siglo XX? Aquí nos basta continuar las explicaciones que se realizaban con respecto a las travesías que se hacían en alta mar, desde la narración histórica que nos endilga la vida académica y los testimonios de los ancestros de los mercaderes marítimos del norte del Perú.

Palabras claves: Discursos, testimonios, pandemias, mercaderes, norte peruano.

Abstract

Intersubjectivity in its real dimension. The historian is presented with his glassy eyes, not to say watery, his forehead shining and glittering with the electric glow he only took to observe him from the auditorium, waiting for him to continue his dissertation. How to relate the historian's discourse with the testimonies of the northern fishing settlers that come from the twentieth century? How are both speeches manifested since the pandemics, deaths, and merchants' voyages of northern Peru, since the middle of the twentieth century? Here it is enough for us to continue



the explanations that were made regarding the voyages that were made on the high seas, from the historical narrative that academic life entrusts us and the testimonies of the ancestors of the maritime merchants of northern Peru.

Keywords: Speeches, testimonies, pandemics, merchants, North Peru.

I. Breve introducción

Durante la entrada de los europeos a tierras latinoamericanas se dice –y la historia lo ha demostrado con insistencia– que los españoles fueron los portadores



de la viruela y fueron ellos colonizadores de estas tierras, los primeros que arribaron con estas enfermedades. Un hecho histórico que se hace presente en un primer momento es que uno de los muertos por este mal fue el principal jerarca del Tahuantinsuyo, padre de los grandiosos hermanos incas Huáscar y Atahualpa: don Huayna Cápac. Son los inicios de la colonización de estos territorios y es, a la vez, la entrada del virus que nos llegaba desde el mundo europeo cuyos vectores epidemiológicos principales se podían establecer desde lo que se generaba en dichos países, desde su intercambio comercial bajo sus centros marítimos que recorrían gran parte del Mar Mediterráneo, el Atlántico, el Báltico, incluso el Mar Negro. Esto continuó de modo permanente durante los siguientes siglos y las enfermedades epidémicas llevaron al exterminio a parte de la población indígena de aquellos años, junto a la dura explotación a la que fue sometida la población indígena de entonces. Sabemos que los europeos encontraron su reserva de materias primas en estos lares, desde los alimentos, la minería, la agricultura y fuerza laboral, pero a la vez también nos trajeron y proveyeron de sus epidemias. Y así lo testimonian también, los viejos pobladores pescadores del norte del país, incluso para inicios y mediados del siglo XX. Solo planteamos una hipótesis de trabajo.



Figura 1. Waldemar Espinoza. (Fuente: <https://www.derrama.org.pe/principal/categoria/ganadores-medalla-encinas-2015/321/c-321>)

II. Los relatos del historiador a modo de testimonio

Cuando escuchábamos disertar a Waldemar Espinoza, en sus clases sobre las travesías marítimas de los

«Cuando escuchábamos disertar a Waldemar Espinoza, en sus clases sobre las travesías marítimas de los pescadores costeros –allá por mediados de los años ochenta–, nos trasladábamos a los mares, a las monedas, al intercambio comercial que existían en las costas marítimas antiguas.»

pescadores costeros –allá por mediados de los años ochenta–, nos trasladábamos a los mares, a las monedas, al intercambio comercial que existían en las costas marítimas antiguas. Rememorábamos hasta el cansancio el *mullu*, el ají, la coca, como los principales elementos de intercambio o de monedas, que recorrían desde los andes peruanos, pasaban por el litoral costero y llegaban a las costas de la América Central, pasando por las playas de Guayaquil. Establecía varias clases de monedas desde los *spondylus* que se tenían que traer desde Centro América o desde los mares ecuatoriales como signos de intercambio o como medios de pago con los cuales se celebraba la transacción. La mercancía tenía su producto, pero ella pasaba en gran parte por el signo monetario. Lo que Espinoza llamaría moneda-mercancía. En realidad, escuchar a este historiador con la subjetividad que implica la historia nos llevaba a establecer su entusiasmo, que parece percibía en los rostros de los alumnos como una relación directa con la historia que narraba. Era de una descripción lúcida y somera que nos trasladaba a los lugares donde nacimos. Nos hacía sentir que subíamos a las balsas o a los botes de los chinchas, de los moches o de los nazcas y nos trasladaba al son de su relato a las viejas historias que las abuelas o nuestras madres nos narraban desde su lógica vivencial. Era realmente escuchar a nuestros/mis ancestros. A veces sentíamos que, fijaba la mirada en los alumnos y advertíamos el imaginario de sus alumnos navegando en los mares. Y parecía que todo nos llevaba a la ficción. Pero lo que nos contaban nuestras madres, familiares y abuelas parecían ratificar o rectificar lo dicho por Waldemar Espinoza. Y lo más curioso, cuando ponía énfasis en la viruela importada con la colonización española y hablaba sobre uno de



los primeros contagiados y muertos, el inca Huayna Cápac, nos trasladaba a recordar a sus hijos Huáscar y Atahualpa. Y desde luego, todo el conflicto que ellos generaron, paseándonos entre Quito y el Cusco. Era tanto el énfasis que ponía en esta muerte que a veces sentía que nos decía y «cómo nos cobramos el agravio». La subjetividad en su real dimensión. Ojos vidriosos, por no decir llorosos, frente brillante y relumbrante con el resplandor eléctrico, así lo observábamos desde el auditorio, esperando que continúe su disertación. ¿Cómo relacionar el discurso del historiador con los testimonios de los pobladores pescadores norteños del siglo XX? ¿Cómo se manifiestan ambos discursos desde las pandemias, muertes y travesías de mercaderes del norte peruano, ya desde mediados del siglo XX? Aquí nos basta continuar las explicaciones que se realizaban con respecto a las travesías que se hacían en alta mar, desde la narración histórica que nos endilga la vida académica. Espinoza escribe:

En la faja costanera, desde Chincha a Manta (noroeste de Guayaquil) y en la serranía ecuatoriana, la economía de tratos y contratos era bastante ejercitada. Los pueblos, a partir del valle de Chincha a la etnia Huancavilca [Ecuador] se desenvolvían en forma diferente a los ayllus de la sierra peruana y altiplánica. No olvidemos que en aquellas áreas ribereñas al mar y norte de Quito existían artesanos y mercaderes a tiempo completo, realidad que les obligó a inventar la moneda tipo hachuelas de cobre. Un objeto pequeño, ágil y funcional que les iba a servir de mediadora de las transacciones. Los artesanos especialistas y los mercaderes ya no podían seguir únicamente con trueques, equivalencias y monedas mercancías, pues trababan el tráfico cada vez que este prosperaba. (2020, p. 417)

En realidad, casi las mismas travesías que implicaban el intercambio mercantil que se veía desde los mercaderes del norte peruano¹. Los tiempos son distintos, pero es la costa peruana la que la tiene a su cargo. Por entonces, no podemos hablar de los mercaderes o colonizadores que venían con sus virus o epidemias a contagiar a la población indígena. Era la época prehispánica, sin embargo; en pleno siglo XX seguían cultivándose bajo las transacciones permanentes que se establecían entre los abuelos de los viejos mercaderes del litoral costeño

peruano. Propongo estas ideas preliminares como inspiración a la introducción de una investigación que me llevó a mayor curiosidad. Miremos en parte la memoria que lleva la piedra de toque al presente trabajo. En realidad, hipótesis exploratorias en desarrollo.

III. El testimonio de nuestros ancestros: entre mercaderes y epidemias

Una de las grandes travesías que hacían los pescadores norteños a inicios de siglo XX, casi parangonando lo que hacía la cultura mochica en sus aurales años marítimos y sin la tecnología que se observa actualmente, era recorrer el pacífico norte con sus balandras que no eran otra cosa que un bote de cinco u ocho toneladas con las cuales se transportaban a la vela en las aguas marinas de estas zonas. Eran botes de madera muy frágiles, sin motor, que se movilizaba con «paños» de vela y sufrían una serie de accidentes en alta mar que terminaban en fuertes naufragios. Mayormente era tripulada por cuatro o cinco personas, todos eran hermanos o familiares muy cercanos. De los muertos en plena travesía solo se tiene historia oral en estos momentos. Pero gran parte de los pescadores, hijos y nietos de estas viejas generaciones, aún rememoran estos hechos trágicos². Sobre todo cuando de recordar los naufragios de sus abuelos se trataba. Los inicios de este comercio marítimo eran bajo un recorrido en gran parte del litoral peruano, tomando el lado sur por el puerto de Salaverry, encallando en Pimentel a fin de abastecerse de insumos alimenticios para el intercambio. Sobre todo el azúcar. O a veces pasando y descansando por las islas Lobos de Afuera o Lobos de Tierra (Mar de Lambayeque), para luego llegar a las playas de Bayóvar donde se efectuaban una serie de ritos marítimos religiosos con velas y oraciones en las cuevas que existían por esos lares. Los pescadores recuerdan un cementerio con sus cruces en una «cueva» donde se veían los sepulcros de los «abuelos muertos» que se llegaron a enterrar por ese lado, a unos sesenta kilómetros de la provincia de Sechura y cuyos cadáveres se traían por el litoral marítimo para desplazarlos del pueblo hacia dicho lugar³. La muerte, dicen los pobladores, se generaba por la enfermedad de la peste bubónica o viruela que había contagiado a gran cantidad de personas. Todos lo catalogaban como peste y, la única forma de evitar el contagio era precisamente alejando al finado del pueblo y de las caletas aledañas, ya que enterrados por esos lugares y con la salinidad del agua del mar se evitaba el contagio. Es decir, la

1 Son las mismas explicaciones que se ven en M. Rostworowski (2004): «Quizá la prosperidad de Chincha se debía al principio de transacciones comerciales que cumplían sus mercaderes en zonas distintas. Según la Relación «Aviso» [Título de fuente que utiliza la autora], tenían un centro de trueque en Puerto Viejo en Ecuador, al cual llegaban en balsas, y un segundo que tenía por meta el altiplano y el Cusco. La misma fuente confirma sus grandes rescates de oro, plata y cobre que tenían con los habitantes de la sierra» (pp. 339-340).

2 Relato discurso testimonial de Asunción Pazos (80).

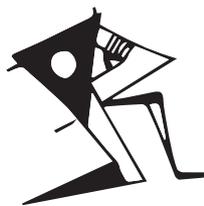
3 Testimonio de Raúl Paiva (66).



sal se encargaba de «matar el virus». El paraje tenía su nombre y es denominado hasta ahora Punta Chode y Nunura por los pescadores actuales:

Hace muchos años existió una epidemia en Sechura y los caseríos de las playas que por allí se encontraban. Eso ha sido antes de los años cincuenta y los viejitos pescadores siempre lo contaban. Se dice que fue la viruela, pero también le llamaban la peste. Fue una peste bubónica que sufrió la gente. Muchos de los finados se los llevaban por allí para que no contagien en el pueblo. Y los llevaban por allí para que maten el virus. El agua salada es fuerte y desaparece el virus. Y los viejitos iban en sus piaras, burros, mulas y caballos con algunos familiares que les acompañaban montados, seguros, en sus «burritos» para que sepulsen a sus finados por esos cerros. Caminaban largo. Era una cueva, cerca de la playa una zona muy lejos a Sechura, pero los llevaban por allá para no contagiar a la familia, a la gente. Por eso que en ese sitio estaban las crucecitas, y allí bajaban los pescadores que salían de Parachique a dejar flores y velitas para esos muertitos. Siempre bajaban los pescadores a dejar sus flores. Y era una playa muy «mansita» donde anclaban las lanchas para descansar, luego ya en la noche o madrugada salían a pescar o salían directo a las «isla alta o isla baja». Ya se iban. Pero ese cerro existe. Le llaman Chode. La punta de Bayóvar. Ahora toda esa zona está privatizada, y nadie puede quedarse allí porque te meten bala. [Versión testimonial de Raúl Paiva (66) y Manuel Querevalú (55)].

Testimonios de otras y otros hijos de pescadores, nos dicen que esos finados eran producto de los naufragios que existían en las alturas del mar de Bayóvar y que muchos de ellos terminaban «varados por esos lugares y para no llevarlos a sus pueblos los enterraban por allí y allí ponían sus crucecitas»⁴. La historia oral se enfrenta a este desafío testimonial contradictorio, pero es desde este cruce de la subjetividad que nos ponemos alerta para describir lo narrado. Podemos decir quizás que ambos testimonios tienen cierta credibilidad. Y los hechos se han sucedido para ambos casos.



⁴ Testimonio de Asunción Pazos (80).



Imagen tomada de <https://www.pinterest.es/pin/638455684653720488/>

Desde luego que en dicho paraje de Bayóvar recalaban los pescadores y los comerciantes marítimos para descansar y continuar su travesía sea para pescar a las partes altas del sur en las islas Lobos de Tierra o Islas de Afuera, al frente de Lambayeque. Los comerciantes o mercaderes marítimos continuaban su ruta al norte de Guayaquil pasando por Matacaballo y por la playa de Chulliyachi de Sechura para anclar en Paíta. O muchas veces la travesía era directo a Paíta y luego regresaban a Chulliyachi. Transitaban las playas norteñas de Zorritos y Cancas para arribar hasta Guayaquil en Ecuador, donde anclaban para desembarcar su mercadería de tierras peruanas como el aceite o la manteca, los frejoles, el azúcar y otros alimentos de primera necesidad hasta insumos de venta marinos que comerciaban en esas zonas. Los mercaderes o comerciantes marítimos de esa época veían en dicho negocio su forma de subsistencia y su manera de comercializar y, es lo que hace que en base a estos negocios logren sobrevivir por estos litorales. Dos balandras que eran muy reconocidas en Sechura por hacer este recorrido durante los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, llevaban los nombres de Santa Rosa y Santa Martha⁵. Varios de esta tripulación murieron en alta mar. Llevar y traer dicha mercadería les duraba cerca de tres meses en alta mar. O a veces un mes. Su mercadería constaba de alimentos de primera necesidad como la manteca enlatada, arroz, azúcar,

⁵ Contrastando testimonios nos dicen que se llamaban: Santa Rosa y Doña Virginia. Pero eran muy reconocidas por sus pobladores de la caleta de Chulliyachi porque el dueño era un viejo comerciante marítimo, que apellidaba Pazos Ramírez. Este señor tiene un jirón-alameda en el Nuevo Chulliyachi de Sechura que lleva su nombre (trabajo de campo, Enero de 2020).



frejoles y en muchos casos tejidos o ropas de vestir. Era un intercambio de ida y vuelta donde los principales productos podían terminar en las principales caletas como era el caso de Chulliyachi de Sechura o puertos como Guayaquil. La travesía era una osadía que solo los pescadores comerciantes o mercaderes con dicha tradición podían realizar⁶. Uno de los principales puertos donde se lograba abastecer e intercambiar productos era el Puerto de Paita. Este era un puerto donde se veía una población muy heterogénea con gente que venía de distintos lugares del país e incluso de Europa, de Asia y de África. Para los pescadores o comerciantes marítimos, Paita se fijaba como un puerto donde llegaban emigrantes de todas partes del mundo, al son de una multiculturalidad que solo ellos saben explicar:

De los barcos desembarcaban gente de todo el mundo. Llegaban africanos, asiáticos chinos, europeos y gente de parte norte y sur del país. Se cuenta que aquí llegaban los africanos que pasaban a los latifundios y haciendas de la costa norte del Perú, muchas veces con sus atuendos de esclavitud y de la situación de vendidos en la que se encontraban. También pasaban por aquí los chinos y mucha gente blanca europea. Venían de todo el mundo. Llegaban barcos inmensos que traía toda esa gente. Paita era un puerto muy famoso. Llegaba gente de todo el mundo. Y seguro esa gente es la que contagió a la población. Dicen que se contagiaron con la peste que venía en esos barcos inmensos y que era por medio de las ratas y las pulgas. Esto es lo que decían los viejitos. Pero aún recuerdo que hace más de setenta años desde que yo llegué por aquí ya existía un cementerio donde se sepultaron esas gentes. Eso tiene años yo ya lo encontré y allí al borde de la playa entre dos cerros existe el sitio que le llaman Tierra Colorada y allí estaba el cementerio producto de esa peste. Unos dicen fue viruela. Pero era una peste que se llevó a gran parte de la población. El cementerio tenía varias cruces. Ya ahora se ve muy poco, pero seguro los muertos están debajo. Allí están los muertos, desde esos años. Habría unas treinta cruces pero ya gran parte enterrados y caídos. Nadie le daba importancia pero ahora con la pandemia nos estamos recordando. Algunos nos contaban que fue por el contagio de las ratas y las pulgas. (Versión de Leonidas Paiva [82])

Como se explica, se trata de una etnohistoria oral que nos lleva a exponer las coincidencias de momentos tétricos en los que vivimos. Gran parte de los pescadores norteños lo recuerdan a su manera. Pero en lo que todos coinciden en estos momentos es que las epidemias estuvieron por allí. Y la viruela o la peste

bubónica eran muy arraigadas en estas zonas. Marcos Cueto (2000) lo sugiere para los años 1903 y 1905 o la primera década del siglo XX y asume que fue propio de la pésima salubridad que existía en las ciudades marítimas propias de su tugurización y hacinamiento en la que se encontraban. Esta situación se vivía en los puertos de Mollendo, Ilo, Callao y Paita, entre otros. Y más Paita, que era uno de los puertos donde atracaban los navíos que navegaban entre el Callao, Panamá y México y donde había importantes casas exportadoras y consulados extranjeros (Cueto, 2000). Miguel Cortés, uno de los ilustres escritores piuranos, señala:

Pero en los albores de la República, ingleses y norteamericanos escogieron Paita como puerto de aprovisionamiento de sus flotas balleneras que venían a estas lejanas aguas del Pacífico en pos del codiciado aceite de esperma de cachalote, que iluminaba las ciudades de Europa y que de pronto lo convirtieron en un activo y floreciente centro proveedor de servicios para los barcos y sus tripulantes.

A lo largo y ancho de la playa se instalaron astilleros y tiendas de aparejos marítimos para atender las necesidades de los navíos; y las calles aledañas a la plaza mayor se llenaron de comercios de todo tipo. En las callejas alejadas del centro proliferaron pulperías, fondas, cantinas, billares, garitos y burdeles, para satisfacer a las tripulaciones de los barcos balleneros que desembarcaban ávidas de diversión y con dinero bastante para despilfarrar (en Martos, pp. 228-229).

Como se observa, la relación con los marinos arribados a Paita tiene como orígenes a pobladores europeos, ingleses, estadounidenses y centroamericanos. Era la entrada para luego viajar por tierra a las ciudades virreinales de entonces. Para allí llegaban los nobles virreyes y su familia y muchos viajeros de todo el mundo. No está lejos la relación que hacen los viejos pescadores con las características que establecían para la peste bubónica y otras enfermedades ocasionadas por las ratas y las pulgas como la fiebre amarilla y la viruela que se hacían presentes en otros ámbitos de la costa y las zonas andinas del país, como lo reiteran las versiones de los pescadores de edad muy avanzada y que conocieron de las enfermedades de sus abuelos.

6 Versión recogida de Asunción Pazos (80)



Tabla 1: Imágenes sociales y simbólicas en tiempos de pandemias.

Norte Litoral Peruano (Inicios del S. XX).

Ideas básicas	Aspectos centrales
Actividad	- Intercambio comercial marítimo regional: Chincha-Moches (Sechura-Paita)-Guayaquil - Pesca artesanal e industrial y balleneros internacionales - Comercio internacional
Enfermedad	- Peste bubónica/viruela, otros.
Actores sociales	- Comerciantes, negociantes, pescadores, mercaderes - Campesinos, agricultores
Vectores centrales	- Ratas - Pulgas - Roedores y primates
Medios de transporte	- Barco (medio marítimo) - Tripulantes de los barcos
Nuevas sectas	- Incremento de congregaciones religiosas.
Símbolos	- Imágenes de muerte: cadáveres, calaveras, sangre, etc.
Población	- Migrantes: norteamericanos, centroamericanos, asiáticos, europeos, africanos.

Fuente: Raúl Paiva (67), Manuel Querevalú (55), Luis Pazos (63), Leonidas Paiva (82) y Asunción Pazos (80). (Versión oral, junio-julio 2020). Elaboración: propia.

Tratamos solamente de graficar cómo la historia mundial nos lleva a explicarnos lo que acontece en estos momentos en el país. No estamos lejos de lo que sucedió en la vieja Europa como tampoco estamos alejados de lo que observamos en el mundo actual. Todos llegaban por alta mar. Ahora solo nos falta agregar la vía aérea. Y transportado bajo el cobijo de una clase media alta que puede trasladarse con suma facilidad por esos países. Así como las playas del mediterráneo y el atlántico se llenaban de cadáveres en sus puertos. También se veía en los ojos de los pescadores norteños peruanos a pesar de los tiempos disímiles y los lejanos espacios. Y el miedo cunde hasta ahora. Los hijos lloraban y lloran la desaparición de sus padres por las pestes. Y es curioso que en el mismo puerto de Paita se haya cumplido con el viejo vaticinio de la pandemia de los puertos. Con el Covid 19, este puerto tiene más de doscientos muertos y ha llegado a contabilizar muertos por encima de los demás distritos. Los pescadores lloran su mala suerte y su muerte. Muchos de ellos se sintieron inmunes porque el pescado los hace fuertes frente a las enfermedades. Pero son los que más han fallecido en esta pandemia.

«Tratamos solamente de graficar cómo la historia mundial nos lleva a explicarnos lo que acontece en estos momentos en el país. No estamos lejos de lo que sucedió en la vieja Europa como tampoco estamos alejados de lo que observamos en el mundo actual. Todos llegaban por alta mar.»

IV. Reflexiones finales

Primera: Salvo los espacios y los tiempos, el símil de los testimonios y narraciones del historiador muy bien puede ser ratificados y rectificadas por las versiones de los pobladores pescadores del norte peruano. La muerte por las epidemias la tienen en la memoria muy bien contrastada. Sus orígenes los inferen desde la inmigración o anclaje de los marinos o allegados al puerto de Paita de terruños extraños.

Segunda: Gran parte de los recorridos de mercaderes peruanos podemos ubicarlos en las épocas prehispánicas como los ubicamos a mediados del siglo XX, como nos explican los informantes. Parten desde Chincha y terminan o llegan hasta los puertos o islas de Guayaquil. Uno de los recodos fueron las caletas de Chulliyachi en Sechura, Piura.



Tercera: La entrada del mundo inmigrante europeo, centroamericano y norteamericano tenía su arribo por el puerto de Paita, por lo que no es casualidad que las versiones de las pestes o epidemias se centren en el contagio como producto de los barcos que arribaban con pulgas y ratas en sus embarcaciones. Esta es una inferencia concluyente de los pescadores de la época.

Cuarta: Los pescadores de avanzada edad, actualmente, tienen como testimonio los cementerios y sus cruces donde murieron gran parte de sus ancestros y aún lo memorizan como parte de lo que «trajeron los barcos». Las epidemias y la muerte se extendieron a gran parte de la población peruana llegando hasta los confines de las serranías. En esto juega un rol importante la insalubridad y la falta de higiene y la tugurización que se veía en los principales puertos y ciudades marítimas del país.

Referencias bibliográficas

Cueto, M. (2000). *El regreso de las epidemias: salud y sociedad en el Perú del siglo XX*. Lima: IEP.

Delumeau, J. (1989). *El miedo en occidente. Siglo XIV – XVIII. Una ciudad sitiada*. Madrid: Taurus.

Espinoza, W. (1997). *Los Incas*. Lima: Mantaro.

_____. (2020). «Economía política y doméstica del Tahuantinsuyo». En Contreras, C. (editor). *Economía prehispánica*. Lima: BCRP / IEP.

Martos, M. (2016). «Paita en una tradición de Ricardo Palma». En *Aula Palma*, (XV), pp. 223-235. Lima: Instituto Ricardo Palma.

Rostworowski, M. (2004). *Costa peruana prehispánica*. Lima: IEP.

Entrevistas y agradecimientos a Raúl Paiva (67), Manuel Querevalú (55), Luis Pazos (63), Leonidas Paiva (78) y Asunción Pazos (79).

Recibido el 16 de agosto de 2020

Aceptado el 18 de septiembre de 2020



Imagen tomada de <https://tvrobles.lamula.pe/2014/01/28/mnaahp-inaugurara-exposicion-sobre-el-mar-como-fuente-de-vida-en-el-peru-antiguo/tvrobles/>